

**XI Congreso de la AECPA
Sevilla
18-20 de septiembre de 2013
GT 3.3 Líderes y liderazgo político para tiempos complejos**

**LA RUPTURA DEL CONSENSO:
¿UNA VENTANA DE OPORTUNIDAD PARA EL LIDERAZGO POLÍTICO?**

Francisco Javier Luque Castillo y Manuela Ortega Ruiz
Universidad de Granada
javierluque@ugr.es manuelaortega@ugr.es

1. Liderar contra el status quo dentro del status quo: contexto, alcance y precedentes

¿Qué tienen en común un europeísta británico como Nick Clegg y un euroescéptico finlandés como Timo Soini? ¿Qué comparte la populista española Rosa Díez con el millonario anticlerical polaco Janusz Palikot? ¿Existe alguna similitud entre el ultraderechista austriaco Jörg Haider y el indigenista boliviano “compadre Palenque”? Seguramente, como respuesta a tales interrogantes, casi cualquier persona concedería que todos los individuos mencionados, a pesar de sus evidentes diferencias, comparten al menos una cosa: el hecho de que en algún momento de sus vidas políticas –cuando no siempre– se erigieron en arietes contra el *status quo* dentro del *status quo*, entendiendo por esto último la oposición al poder establecido –a sus élites, sus convenciones y/o sus políticas– sin desafiar el marco legal vigente, circunscribiéndose al mismo y participando de él. No obstante, desde nuestro punto de vista, dichos políticos no sólo presentan como denominador común una faceta –ocasional o permanente– de “leales transgresores”, sino que además deben su condición de líderes nacionales al desempeño de aquel rol, razón por la cual los englobamos a todos bajo la etiqueta de *consensus-breaking leaders* (en adelante CBL).

Esta hipótesis se inspira primeramente en la noción linziana de “reequilibramiento”, que alude a lo que ocurre en un régimen democrático cuando tiene lugar una “seria alteración de las instituciones políticas”, asociada a “una pérdida de efectividad o eficacia, y probablemente de legitimidad” (Linz, 1996: 152). Por otro lado, asume las tesis de quienes sostienen que, con el cambio de siglo, los sentimientos anti-políticos han experimentado un repunte en la mayoría de las democracias, con el consiguiente aumento del rechazo a los actores y procedimientos políticos tradicionales (Hogan, 2007: 3)¹. A nuestro juicio, la concurrencia de ambos procesos ofrece a los políticos ajenos a las fuerzas mayoritarias –principales beneficiarias del *status quo*– una ventana de oportunidad para potenciar su liderazgo y convertirse en actores relevantes de la escena nacional pues, en contextos definidos por fenómenos de aquella índole, crece entre los ciudadanos la demanda de dirigentes y

¹ Esta observación sería congruente con los hallazgos de Pharr, Putnam y Dalton (2000); quienes detectaron que durante el último cuarto del siglo XX había tenido lugar un descenso de la confianza ciudadana en los gobiernos, los partidos y los líderes de las llamadas “democracias trilaterales”.

representantes “no comprometido[s] por la pérdida de eficacia y legitimidad del régimen existente en crisis” (Linz, 1996: 152-153).

Sin embargo, en nuestra óptica, ser identificado como un elemento extraño al *establishment* –es decir, ser percibido como un *outsider*– no basta. En este sentido, los CBL se distinguen además por denunciar, de manera precoz y/o consistente, uno o varios de los compromisos que durante largo tiempo han vertebrado la vida política de su país. Dicho con otras palabras, quienes no son *outsiders* también pueden desarrollar un proceso de liderazgo basado en la ruptura del consenso si lo hacen en el momento oportuno (*oportunistas*) o si son viejos conocidos (*old friends*) del sistema político en “decadencia”. Semejante comportamiento les concede una valiosísima ventaja competitiva pues, en un entorno de creciente hostilidad hacia los actores tradicionales, el cuestionamiento de las convenciones y/o políticas que han gozado del apoyo de las fuerzas mayoritarias –por encima de sus diferencias ideológicas o programáticas– abre una vía de comunicación directa con quienes asocian dichos consensos al abordaje excesivamente complejo e insatisfactorio de los problemas, o a la negación de valores que se consideran fundamentales –tal y como prescribe el credo anti-político (Hogan, 2007: 2).

Dadas estas premisas, el *consensus-breaking leadership* (CBL) ha de interpretarse entonces como el producto de un contexto caracterizado por la crisis o “reequilibrio” de la hegemonía política disfrutada durante cierto período por dos o más fuerzas partidarias. Semejante “reequilibrio” no tiene porqué derivar necesariamente en una amenaza para “la continuidad y estabilidad de los mecanismos políticos democráticos” (Linz, 1996: 151)², ni tampoco ha de evolucionar hacia una transformación radical del paisaje institucional, el sistema de partidos o la constelación de líderes. En este sentido, la emergencia de un CBL puede ser el preludio de cambios permanentes en la vida del régimen político, o bien desarrollar una existencia efímera, dependiendo ambos escenarios del tipo de respuesta que ofrezcan los actores tradicionales a dicho fenómeno, así como de la subsiguiente reacción de la sociedad. También cabe una tercera posibilidad, la del CBL que anticipa tempranamente un “reequilibrio” profundo del régimen y allana el camino a posteriores procesos de liderazgo de tipo *transformacional*. En estos casos, tal ajuste o reordenamiento amplio del sistema político tiene como protagonista a un nuevo líder –distinto del CBL– que ya no puede ser considerado como un *rompedor de consensos*, pues el país atraviesa una fase de redefinición caracterizada por la confrontación de dos visiones antagónicas –la *vieja* y la *nueva*– donde el único compromiso en pie es el de que gobernantes y representantes han de surgir a partir de elecciones competitivas.

El caso de Jorg Haider, líder del partido liberal austriaco (FPÖ) entre 1986 y 2005, encaja con bastante exactitud en el primero de los escenarios apuntados, caracterizado por acusar algún tipo de transformación permanente tras la incorporación del CBL a la primera línea del juego político. Esto se debe al hecho de que en Austria, donde conservadores (ÖVP) y socialdemócratas

² Este matiz nos distancia de una lectura estricta del término “reequilibrio”, en su sentido linziano original.

(SDP) ejercieron durante varias décadas algo parecido a un duopolio³, nada volvió a ser como antes desde que Haider se puso al frente del FPÖ y optó por romper varios consensos fundamentales mediante la articulación de un discurso anti-inmigración combinado con guiños a la ultraderecha filo-nazi. El alcance del liderazgo de Haider se evidenció por primera vez en las elecciones de 1994, que terminaron con la mayoría de 2/3 que ÖVP y SDP llevaban disfrutando en la cámara baja desde 1945⁴, pero fue tras los comicios de 2000 cuando se puso de relieve que el entonces gobernador de Carintia no era sólo una moda pasajera, pues el FPÖ consiguió entrar en el Gabinete a pesar del rechazo que su líder recababa dentro y fuera del país.

Más de diez años después de aquellos acontecimientos no cabe decir que el sistema político austriaco haya experimentado un “reequilibramiento” profundo, pero sí puede afirmarse que el actual *Nationalrat* no es igual a aquel que acogió un esquema bipartidista imperfecto durante casi medio siglo⁵. Atribuir al fallecido Haider la responsabilidad de esta deriva sería a todas luces excesivo pues, a nuestro juicio, su liderazgo ha de interpretarse en todo caso como producto y catalizador de procesos preexistentes, nunca como fenómeno causal de los cambios aquí descritos. No obstante, desdeñar su protagonismo en la evolución reciente de la política austriaca tampoco parece recomendable, desde un punto de vista analítico, si se tiene en cuenta que hoy día FPÖ y BZÖ⁶ suman 54 escaños (casi el 30 por ciento) del Consejo Nacional austriaco.

Menos problemas de interpretación suscitan aquellos CBLs que consiguen alterar el *status quo* sólo de manera temporal, es decir, sin inducir cambios permanentes en sus respectivos regímenes políticos. Este es el caso de Ross Perot, candidato independiente en los comicios presidenciales estadounidenses de 1992 que –a pesar de cosechar un apoyo electoral excepcionalmente elevado⁷– terminó revelándose como un fenómeno fugaz, pues hoy día no pueden identificarse elementos o dinámicas del sistema político de EEUU que deban su existencia a la empresa protagonizada hace veinte años por el multimillonario tejano. Semejante desenlace seguramente está relacionado con el hecho de que Perot, a diferencia de Haider, nunca fue miembro de una de las cámaras legislativas, ni lideró un grupo político con representación parlamentaria, escenarios para los que no existía impedimento alguno desde un punto de vista formal: Perot “sólo” tenía que conseguir su elección y la de decenas de congresistas y senadores afines en circunscripciones de centenaria tradición bipartidista. Sin embargo, incluso de haber sido así, Perot se habría visto obligado a improvisar un rol del que no existen precedentes en los EEUU, por lo que el carácter efímero de su

³ No en balde, SDP y ÖVP llegaron a formar una “Gran Coalición” de gobierno hasta en dos ocasiones.

⁴ Dicha mayoría parlamentaria de 2/3 facultaba a ÖVP y SDP para realizar las reformas constitucionales que consideraran oportunas.

⁵ Así queda de relieve, por ejemplo, con el hecho de que ÖVP y SDP suman actualmente un 25 por ciento menos de escaños que en 1986.

⁶ Partido que fundó Haider en 2005 tras abandonar el FPÖ.

⁷ Ross Perot consiguió uno de cada cinco votos en las elecciones presidenciales de 1992, un resultado que entre los *third-party candidates* del siglo XX sólo es inferior al cosechado en 1912 por el ex - presidente Theodor Roosevelt, candidato en aquellos comicios por el *ticket* del “Partido Progresista” (Gold, 1995: 751; McCann *et al*, 1999: 1).

liderazgo puede achacarse, parcialmente, a una estructura de oportunidades políticas que no favorece la consolidación de liderazgos de oposición y, mucho menos, de liderazgos de oposición al *status quo*.

Por otro lado, varios trabajos sugieren que Perot capitalizó efectivamente un repunte en el descontento con el *establishment*, no obstante, dicha desafección no habría tenido como correlato un descenso en los niveles de identificación partidista, ni se habría articulado en torno a asuntos con una elevada capacidad de movilización⁸ (Gold, 1995: 768-769; McCann *et al*, 1999: 23-25). Tales observaciones invitan a pensar que, independientemente de la estructura de oportunidades, el porcentaje de estadounidenses que en los años noventa demandaba un liderazgo desafiante del poder establecido no era suficiente como para desencadenar un “reequilibrio” del sistema político⁹.

Finalmente, en línea con lo avanzado más arriba, existen precedentes de CBLs que si bien terminaron por desaparecer de la escena política –como Perot– anticiparon de algún modo un profundo reordenamiento interno del régimen político. Así ocurrió por ejemplo en Bolivia, donde la irrupción de Carlos Palenque Avilés (el “compadre Palenque”) en las elecciones presidenciales de 1989, al frente de un nuevo partido llamado *Conciencia de Patria* (CONDEPA), puede interpretarse como la manifestación temprana del terremoto político que unos años más tarde representaría Evo Morales y su *Movimiento al Socialismo* (MAS). No en balde, fue aquel músico folklórico convertido en líder mediático y benefactor social quien, de un modo pionero, supo capitalizar electoralmente el descontento generado por las políticas neoliberales adoptadas en la segunda mitad de los ochenta por el presidente Paz Estenssoro, dirigente histórico del *Movimiento Nacionalista Revolucionario* (MNR). También fue Palenque quien advirtió primero la demanda de atención y representatividad que existía entre unas masas suburbanas y campesinas no sólo gravemente empobrecidas, sino fuertemente escépticas respecto a los discursos del desarrollo capitalista y la emancipación obrerista. Y por último pero no menos importante, fue asimismo Palenque quien percibió de manera precoz el agotamiento de la fórmula de integración nacionalista –basada en el castellano, la modernización y el individualismo–, así como la necesidad de desarrollar un modelo de ciudadanía sensible al carácter multicultural del país andino (Romero, 2003: 69-70).

En definitiva, fue el “compadre Palenque” quien introdujo en el espacio público boliviano un discurso que, en el plazo de veinte años, ha acabado

⁸ Sólo el 14 por ciento de los encuestados en 1992 por el Center for Political Studies mencionó algún punto del programa de Perot para justificar su apoyo al candidato independiente (Gold, 1995: 768). El programa de Perot se sustentaba en asuntos tales como el equilibrio presupuestario, la limitación de importaciones, la protección del medio ambiente, el establecimiento de condiciones restrictivas para abortar y el aislacionismo en política exterior (McCann *et al*, 1999: 12-14).

⁹ Aun así, el 50 por ciento de los entrevistados en una encuesta realizada por CNN/Time poll, los días 27 y 28 de septiembre de 1995, se manifestaba a favor de que Ross Perot creara un nuevo partido (posibilidad a la que se oponía el 41 por ciento). En otra encuesta realizada el 24 de agosto del mismo año por Times Mirror Centre, una cuarta parte del electorado apoyaba la idea de que se presentara a las elecciones presidenciales un candidato independiente (el doble que diciembre de 1993) (McCann *et al*, 1999: 23).

convirtiéndose en el sustrato ideológico del nuevo oficialismo, sin embargo, es actualmente otra persona –el presidente Morales– la que explota en términos de liderazgo los beneficios políticos de una visión de la nación que ya no es marginal ni minoritaria, sino todo lo contrario, pues pugna desde una posición de superioridad con la vieja noción republicana del Estado nacionalista. En este sentido, Evo Morales no puede ser considerado un CBL, porque Bolivia lleva varios años atravesando un proceso de redefinición de sus consensos nacionales; mientras que Palenque sí merece tal etiqueta, en la medida que puso en cuestión los compromisos que sustentaban el ya extinto *status quo* cuando nadie hacía tal cosa. Entre las razones que podrían explicar esta secuencia de liderazgos, en el que un líder *transformacional* hereda el espacio político de un CBL, descuellan claramente dos explicaciones en el caso de Bolivia: el recrudescimiento de las condiciones políticas y socio-económicas que propiciaron la emergencia de Palenque, y la muerte de éste en 1997.

El CBL es, por tanto, un fenómeno de desenlace variable que tiene lugar en un determinado contexto, el de una hegemonía de dos o más partidos políticos que entra en crisis. Asimismo, se trata de un fenómeno electoral, aunque el CBL también puede proseguir con su hostilidad hacia el *status quo* una vez en el Gobierno, o precisamente empezar a adoptar esta actitud desde la posición privilegiada que confiere un puesto de liderazgo ejecutivo. En ambos casos estaríamos hablando, no obstante, de algo distinto al CBL, que se define por producir un impacto electoral en el sistema político a pesar de que sus seguidores no sólo no son mayoría, sino que tampoco constituyen la primera minoría. Los dirigentes que basan su acción de gobierno en la confrontación y la ruptura de consensos son los llamados *innovative leaders*, caracterizados por promover cambios fundamentales en las políticas públicas, a partir de concepciones fuertemente ideológicas, sin disposición alguna a realizar concesiones o alcanzar compromisos (Moon, 1995).

Asentadas todas estas premisas, creemos que el concepto de CBL presenta al menos dos ventajas para el estudio del liderazgo político. En primer lugar, ofrece una lectura integradora de procesos aparentemente disímiles y geográficamente distantes que, hasta el momento, sólo han sido explicados como fenómenos independientes. Así, si contábamos con investigaciones en el mundo anglosajón preocupadas por el voto a terceros partidos y sus candidatos; con una rica literatura sobre la “nueva” extrema derecha europea y sus dirigentes; y con un emergente corpus teórico sobre el “neo-populismo” en América Latina; la noción de CBL nos permite ahora abordar de manera unificada todos esos casos (y algunos más), desde el presupuesto de que todos ellos responden en realidad a un tipo de liderazgo basado en la interacción de cierto comportamiento (rompedor de consensos) con determinado contexto (de crisis del *status quo*). En segundo lugar, consideramos que el concepto de CBL nos permite pasar por alto la escurridiza cuestión del carisma, que se ha probado analíticamente irrelevante en la comprensión de procesos de liderazgo que bien encajarían en el modelo aquí desarrollado (Brug y Mughan, 2007). Esto último no quiere decir, como se verá más adelante, que las características personales del líder no jueguen un papel fundamental a la hora de explicar porqué romper el consenso, en según qué contextos, puede ser la base de un proceso de liderazgo.

2. Expresiones contemporáneas del consensus-breaking leadership

Los casos referidos en el apartado anterior se corresponden a procesos de CBL ya concluidos. Al objeto de reforzar nuestros argumentos, en este apartado vamos a recoger algunas expresiones contemporáneas del CBL cuyo desenlace no se conocerá hasta que tengan lugar nuevas elecciones, si bien es cierto que el futuro próximo de alguno de estos líderes parece ya bastante definido, a tenor de lo que indican las encuestas y sondeos de opinión.

a) Nick Clegg, viceprimer ministro del Reino Unido y líder de los Liberal Democrats (“Liberal Demócratas”)

Las elecciones parlamentarias celebradas en 2010 en Reino Unido se saldaron con un resultado inusual pues, por segunda vez desde el fin de la II Guerra Mundial, ni Laboristas ni Conservadores se hicieron con la mayoría absoluta de los escaños en la Cámara de los Comunes. Uno de los principales beneficiarios de semejante desenlace fue Nick Clegg, actual viceprimer ministro y líder desde 2007 de los Liberal Demócratas (*Lib-Dem*), partido que acabó convirtiéndose en actor clave para la formación del nuevo Gobierno aun viendo disminuida su presencia parlamentaria. El hecho de que el número de candidatos liberales electos empeorara ligeramente con Clegg como cabeza de cartel invita a pesar que el impacto de su liderazgo fue nulo, en el mejor de los casos. En este sentido, podría incluso argumentarse que en la conformación del nuevo escenario parlamentario fueron más decisivos otros factores como el desgaste de los Laboristas (en el poder desde 1997), la baja popularidad del primer ministro Gordon Brown y la crisis económica. Sin embargo, cualquier análisis de este proceso electoral no debería subestimar el papel jugado por Clegg pues, además de cosechar una elevada valoración por la opinión pública durante la campaña¹⁰, llevó a su partido a obtener en estos comicios casi un millón de votos más que en 2005¹¹.

De acuerdo con esto último, desde nuestro punto de vista, el *hung parliament* surgido tras las elecciones de 2010 debe ser considerado como un síntoma de “reequilibrio” del sistema político británico que, además, habría propiciado la eclosión de un proceso de CBL protagonizado por Nick Clegg. La condición de CBL de éste vendría dada, en primer lugar, por su oposición a la postura defendida conjuntamente por Laboristas y Conservadores en dos grandes temas: la defensa de una política exterior de vocación atlantista y el mantenimiento de un régimen electoral basado en el sistema conocido como *first-past-the-post*. No obstante, el posicionamiento del líder liberal ante estos asuntos sólo fue un ejercicio de coherencia respecto a lo defendido por sus inmediatos predecesores, Charles Kennedy y Menzies

¹⁰ Por ejemplo, tras la celebración del debate entre los candidatos de los tres principales partidos (Laborista, Conservador y Liberal-Demócrata), la mayoría de los encuestados por *YouGov* (el 43%) manifestó que había sido Nick Clegg quien lo había ganado, seguido de Cameron, con un 26% y de Brown, con un 20% (un 11% consideró que ninguno había ganado el debate).

¹¹ A pesar de que obtuvieron casi un millón de votos más en las elecciones de 2010, los Lib-Dem sólo crecieron un punto, en términos porcentuales, respecto a los comicios de 2005. Como lleva sucediendo desde 1922, obtuvieron el tercer puesto en votos y escaños.

Campbell, partidarios como él de un acercamiento del Reino Unido al resto de países europeos, así como de una reforma que dotara de mayor proporcionalidad al sistema electoral.

Distinto fue, sin embargo, el estilo personal que Clegg imprimió al liderazgo de los *Lib-Dem*, un cambio que quizá tuvo una de sus manifestaciones más elocuentes en la solicitud de dimisión del *Speaker*, pues entre las convenciones que vertebran la política británica se encontraba, hasta entonces, la de que un diputado nunca critica a la persona al frente de aquel puesto. Este episodio, motivado por el escándalo de los dispendios realizados por los Comunes con cargo al erario público, se saldó finalmente con la dimisión de la máxima autoridad del legislativo británico, extremo que no sucedía desde hacía más de tres siglos. Tal circunstancia consolidó con seguridad la imagen de Clegg como adversario de un *establishment* “decadente”, condición necesaria para el desarrollo de un proceso de CBL.

b) *Timo Soini, líder de Perussuomalaiset (“Auténticos Finlandeses”)*

El hecho más notable de las últimas elecciones parlamentarias en Finlandia, celebradas en 2011, fue el extraordinario crecimiento en votos y escaños de *Perussuomalaiset*, un partido de corte populista, heredero del histórico *Suomen Maaseudun Puolue*, que hasta entonces no había tenido más de cinco representantes en el legislativo de aquel país. El desarrollo de semejante fenómeno no se entiende sin el contexto de crisis económica que se vive en el hemisferio occidental desde 2008 pues, si bien no ha tenido graves repercusiones sobre la sociedad finlandesa, ha reavivado en su seno el debate sobre los límites de la integración europea, cuestión que hasta el momento gozaba del amplio respaldo de las tres fuerzas políticas tradicionales: el *Kansallinen Kokoomus* (centro derecha), el *Suomen Sosialidemokratit* (socialdemócrata) y el *Suomen Keskusta* (centro). Así, si durante mucho tiempo la mayoría de finlandeses –como sus principales partidos– se manifestaron como entusiastas partidarios de la integración europea, y defendían un papel activo de su país en la UE, ahora no son pocos los que recelan de aquel proceso, al que perciben como una amenaza para su estilo de vida.

De acuerdo con lo apuntado en el anterior párrafo, parece fuera de toda duda que el principal beneficiario de esta oleada de euro-escepticismo es Timo Soini, líder de los “Auténticos Finlandeses”, quien aprovechó los rescates financieros a Grecia, Irlanda y Portugal para azuzar unos incipientes sentimientos de desafección hacia la UE durante la campaña electoral de 2011. Así, el que fuera representante de un grupo político casi marginal desde mediados de los noventa, se convirtió en jefe del grupo parlamentario más grande de la oposición con un mensaje muy sencillo: los finlandeses no tienen porqué financiar con sus impuestos el despilfarro de otros. Además de romper el consenso en la cuestión europea, Soini denunció las condiciones en las cuales se concedía el derecho de asilo, argumentando que dicha figura jurídica permitía la entrada de delincuentes extranjeros en el país y, de paso, quebrando otro de los compromisos que hasta entonces vertebraban la política finlandesa: la política de inmigración. El hecho de que más de medio millón de personas apoyaran en las urnas el discurso de este CBL ha de interpretarse, a

nuestro juicio, como una manifestación clara de “reequilibrio” del sistema político finlandés.

c) *Rosa Díez, líder de Unión, Progreso y Democracia*

En el XXXV Congreso del PSOE, celebrado en 2000, Rosa Díez pugnó contra otros tres candidatos –entre los que se encontraba José Luis Rodríguez Zapatero– por el liderazgo de los socialistas españoles. Ocho años más tarde, la misma Rosa Díez concurrió a las elecciones generales al frente de *Unión, Progreso y Democracia* (UPyD); un partido por ella fundado que en su debut sólo logró un escaño (el de su líder), a pesar de obtener más de trescientos mil votos, y que en la actualidad cuenta con cinco representantes, tras haber cosechado más de un millón de sufragios en los comicios de 2011. Aunque el peso parlamentario de UPyD es pequeño, varios factores invitan a pensar que se trata de un fenómeno llamado a dejar su impronta en el sistema político español, especialmente si se tiene en cuenta que la fuga de votos sufrida por el PSOE en los últimos tiempos parece consolidarse. Las altas puntuaciones obtenidas por Rosa Díez en las encuestas de opinión no sólo son congruentes con este escenario, sino que además apuntan a la hipótesis del “reequilibrio” pues, como se desprende del programa electoral de UPyD en 2008 y 2011, este partido y su líder se han hecho un sitio en la política española denunciando varios de los consensos apuntalados desde la Transición a la democracia por los dos grandes fuerzas del *establishment*, PSOE y Partido Popular (PP).

Esto es al menos lo que se desprende del programa electoral defendido por Rosa Díez tanto en 2008 como en 2011, un programa electoral con vocación de impulsar un reordenamiento amplio del sistema político español, en el cual destacan dos grandes ámbitos de reforma: la organización territorial y el sistema electoral. Sobre la primera cuestión argumenta Díez que es necesario reconducir el proceso de descentralización del poder iniciado con el establecimiento de la democracia, para acabar con las situaciones de desigualdad generadas por el hecho de que las regiones tienen demasiada autonomía sobre asuntos tales como educación o sanidad. En este sentido, Díez propone devolver dichas competencias al Estado, así como avanzar hacia un régimen federal en el que todas las regiones tengan el mismo nivel de autonomía –no como ocurre actualmente pues, por ejemplo, Navarra y las tres provincias vascas disfrutaban de un estatus fiscal especial.

En lo relativo al segundo tema, Díez y UPyD denuncian que el sistema electoral también vulnera la igualdad entre los españoles, en la medida que propicia la sobrerrepresentación de las grandes formaciones (PP y PSOE), y de los partidos cuyo apoyo electoral está territorialmente concentrado (los partidos catalanes y vascos), en detrimento de los partidos pequeños de ámbito nacional (Izquierda Unida y la propia UPyD). El posicionamiento de Díez sobre estos dos asuntos, y otros más, le ha reportado una considerable popularidad entre aquellas personas que perciben un cierto agotamiento de la fórmula bipartidista, de sus convenciones y de sus políticas, un sentimiento que indudablemente se ha recrudecido con el agravamiento de la crisis económica.

e) Janusz Palikot, líder de Ruch Palikota (“Movimiento Palikot”)

Janusz Palikot fue parlamentario del actual partido en el Gobierno, *Platforma Obywatelska* (PO), desde 2005 a enero de 2011, abandonándolo pocos meses antes de las elecciones celebradas en octubre del mismo año. En estos comicios se presentó por otra formación creada por él mismo, Ruch Palikota (RP), con un programa de corte anticlerical que contemplaba además ambiciosas reformas en el ámbito de los derechos civiles. En este sentido, durante la campaña electoral Palikot propuso la eliminación de las ayudas a la Iglesia Católica y la supresión de la asignatura de religión como obligatoria. Igualmente, recogió en su programa la legalización del aborto, así como el matrimonio entre personas del mismo sexo. Teniendo en cuenta que Polonia es un país donde el 90% de sus habitantes se consideran católicos –y un 75% católicos practicantes¹²–, adoptar semejantes posiciones constituye un auténtico ejercicio de transgresión. De hecho, ninguno de los restantes partidos ha cuestionado de una manera tan abierta los privilegios de la Iglesia Católica, si acaso todo lo contrario, pues el derechista *Prawo i Sprawiedliwość* (PiS) –el partido de los hermanos Kaczyński– y el liberal-conservador PO –gobernante y actualmente mayoritario en el parlamento– siempre han promovido políticas favorables a aquella institución.

El único partido que en algún momento ha cuestionado a la Iglesia, a parte del de Palikot, ha sido *Sojusz Lewicy Demokratycznej* (SLD). Sin embargo, en los años en los que estuvo en el Gobierno (1990), dicha formación no puso en marcha ninguna medida en contra de la confesión religiosa mayoritaria. Prueba de ello es que el SLD claudicó frente a las presiones de la Iglesia, y nunca aprobó la legalización del aborto en ciertos supuestos, a pesar de que ganó las elecciones de 2001 con un programa que incluía tal promesa. En este contexto, el hecho de que Palikot y su partido recibieran un 10 por ciento de los votos en las últimas elecciones, configurándose como la tercera opción política del país, invita a pensar que el sistema político polaco quizá esté internándose por la senda del “reequilibramiento”. No en balde, sectores de la sociedad cuyas demandas permanecían hasta ahora ignoradas por el *establishment*, como las feministas y los homosexuales, en suma a aquellos desencantados con los partidos tradicionales¹³, han irrumpido con voz propia en un escenario usualmente abierto a la incorporación de nuevos actores, pero poco flexible a la hora de acoger grandes disensos en el plano ideológico.

3. El factor decisivo: la biografía como fuente de credibilidad

Llegados a este punto surge un interrogante central: dado un contexto de crisis o “reequilibramiento” del *status quo*, ¿basta con romper los consensos del *establishment* para crecer como líder político? Desde nuestro punto de vista, la respuesta a esta pregunta es que no es suficiente romper el consenso para emerger como líder político, ni siquiera en situaciones de crisis o “reequilibramiento” del sistema político pues, para que semejante comportamiento sea recompensado en términos electorales, el CBL ha de ser

¹² Datos obtenidos de la CIA, de su estudio *The World Factbook*, referente a Polonia.

¹³ Opinión del politólogo Aleksander Smolar, publicada en el periódico *Gazeta Wyborcza*, el 10 de octubre de 2011, un día después de las elecciones legislativas.

además creíble. En la medida que la credibilidad es la base de todo proceso de liderazgo (Kouzes y Posner, 2003: 22), tal exigencia no representa una particularidad de los CBL, no obstante, la singularidad de este tipo de procesos radicaría en el hecho de que sus protagonistas rentabilizan la ruptura del consenso, en términos de liderazgo, porque sus biografías son coherentes con una actitud hostil hacia el *status quo*. En este sentido, compartiríamos la perspectiva de quienes sostienen que, aparte de los rasgos personales o el comportamiento, el *background* de los líderes puede ser una fuente importante de influencia sobre los seguidores (Shamir *et al*, 2005: 13).

Nuestro énfasis en la biografía, a la hora de explicar la naturaleza del CBL, se justifica por el tipo de expectativas generadas entre los ciudadanos en una situación de “reequilibrio” o crisis del *status quo*. Y es que, en este tipo de situaciones, los ciudadanos siguen demandando con toda probabilidad líderes previsibles, honestos, competentes e inspiradores (Kouzes y Posner, 2003: 22); sin embargo, dado el clima de desafección general hacia el régimen existente, un número sustancial de personas puede pensar que tales cualidades sólo están al alcance de aquellos políticos cuya biografía sea, en sí misma, un ruptura o transgresión del *establishment*, de sus normas, sus convenciones y sus políticas.

Asentadas estas premisas, a nuestro modo de ver hay dos maneras básicas de que, en contextos de “reequilibrio”, la biografía opere como una fuente de credibilidad para un CBL. La primera de ellas es que el CBL sea un *outsider* social o demográfico (King, 2002: 438), es decir, alguien cuyo perfil sociológico (sexo, edad, etnia, profesión, etc.) no se corresponde con el perfil medio de la clase política del *establishment*. La credibilidad de este tipo de *outsiders*, cuando adoptan el rol de CBL, radica en el hecho de que no forman parte de los grupos sociales beneficiados por el *status quo*, por lo que su discurso de denuncia y ruptura aparece como una expresión de coherencia entre lo que se es, lo que se hace y lo que se dice. Entre los procesos de CBL que se ajustarían a este esquema se cuentan, por ejemplo, el del multimillonario Ross Perot en EEUU, y el de la estrella mediática Carlos Palenque en Bolivia, pues no sólo constituyeron una rareza sociológica en el paisaje político de sus respectivos países, sino que además irrumpieron con la autoridad moral que les confería su bagaje vital y profesional.

La biografía también puede operar como fuente de credibilidad para un CBL cuando éste es un *outsider* táctico, esto es, una persona que consciente o inconscientemente elige desempeñar dicho rol (King, 2002: 441). En este sentido, el CBL puede ser una persona de larga trayectoria política que comenzó a denunciar el *status quo* cuando nadie lo hacía (*old friend*); o bien alguien que disintió del *establishment* tras haber participado de él en primera línea (*opportunist*). En la primera variante de *outsider* táctico podrían situarse políticos como Haider y Soini que, tras varios años penando en la periferia del sistema, vieron de repente revalorizado su discurso político, con el consecuente crecimiento electoral de sus respectivos partidos. A la segunda variante de *outsider* táctico se podrían adscribir los casos de Rosa Díez y Janusz Palikot, dirigentes de fuerzas mayoritarias que las abandonaron para crear sus propios partidos, en la convicción de que existía una creciente

demanda de nuevas ofertas electorales. Así, mientras la credibilidad de los *old friends* vendría dada por una larga trayectoria de oposición al *status quo*, la de los *opportunists* se alimentaría de un hecho audaz y transgresor, como es abandonar una cómoda posición en el *establishment* para iniciar una aventura política de resultado incierto.

4. A modo de conclusión

A lo largo de estas páginas hemos tratado de fundamentar teóricamente un nuevo concepto, el de *consensus-breaking leadership*. Desde nuestro punto de vista, este modelo ayuda a comprender un tipo particular de liderazgo político caracterizado por la interacción de tres elementos: cierto comportamiento (rompedor de consensos), determinado contexto (de crisis del *status quo*) y una biografía que funciona como fuente de credibilidad. A nuestro juicio, este enfoque posibilita la comprensión de procesos de liderazgo aparentemente disímiles que, hasta el momento, han sido abordados como fenómenos independientes. Además, permite obviar la espinosa cuestión del carisma, que en ocasiones se ha demostrado analíticamente irrelevante. Sin embargo, todas nuestras hipótesis pertenecen solamente al terreno de la especulación, por lo que aun han de ser contrastadas empíricamente. En este sentido, una de las primeras cuestiones que habría de ser abordada es, quizá, el alcance que tiene la configuración del régimen (presidencialismo vs. parlamentarismo) en la consolidación o terminación de un proceso de CBL.

5. Referencias

BRUG, W.v.d. y MUGHAN, A. (2007): "Charisma, leader effects and support for right-wing populist parties", en *Party Politics* 13 (1): 29-50.

GOLD, H.J. (1995): "Third party voting in presidential elections: a study of Perot, Anderson and Wallace", en *Political Research Quarterly* 48(4): 751-773.

HOGAN, M. (2007): "Anti-political sentiment in contemporary liberal democracies", en *Australian Review of Public Affairs* 8: 1-18.

KING, A. (2002): "The outsider as political leader: the case of Margaret Thatcher", en *British Journal of Political Science* 32 (3): 435-454.

KOUZES, J. M., y POSNER, B. Z. (2003): *Credibility: how leaders gain and lose it, why people demand it*, San Francisco: Jossey-Bass.

LINZ, J.J. (1996): *La quiebra de las democracias*, Madrid, Alianza Editorial.

McCANN, J.A., RAPOPORT, R.B. y STONE, W.J. (1999): "Heeding the call: an assessment of mobilization with H. Ross Perot's 1992 presidential campaign", *American Journal of Political Science* 43 (1): 1-28.

MOON, J. (1995): "Innovative leadership and policy change: lessons from Thatcher", en *Governance: An International Journal of Policy, Administrations and Institutions*, 8 (1): 1-25.

PHARR, S.J., PUTNAM, R.D. y DALTON, R.J. (2000): "A quarter-century of declining confidence", en *Journal of Democracy* 11(2): 5-25.

ROMERO BALLIVIÁN, S. (2003): "CONDEPA y UCS: el declive del neopopulismo boliviano", en *Revista de Ciencia Política* XXIII (1): 67-98.

SHAMIR, B., DAYAN-HORESH, H. y ADLER, D. (2005): "Leading by biography: towards a life-story approach to the study of leadership", en *Leadership* 1(1): 13-29.